A manera de carta abierta a los arquitectos.

Esta carta la escribe un arquitecto en la declinación de su vida, después de más de medio siglo de trabajo. Está dictada por la angustia, y va envuelta en dudas e incertidumbres. La ensombrece la desesperanza de dejar esta tierra de un largo y feliz vivir, caída en la ruina. Pero desde esta vejez desalentada asoman una pequeña luz de su juventud pasada para asirse a una esperanza.

Fue hace casi 25 años que en una crisis mundial, entre metralla y muerte de la guerra lejana, nos dimos a concebir, primero, un nuevo destino para el Uruguay; después para toda América. Y estuvimos desde el seno de la Sociedad de Arquitectos, des-

pues de entregarle toda nuestra adhesión a la causa aliada con el duro repudio del nazismo, la obligación del arquitecto, ~~[illegible]~~ de ingresar a la militancia política, a una noble y limpia militancia, era el caudal de sus conocimientos ordenadores. Se acercaron las luces de la victoria. Y creciendo nuestras esperanzas nos dimos a pensar en la planificación inédita de nuestra América. América para una nueva felicidad social. Una felicidad que estaba al alcance de las manos, era la aplicación de las técnicas modernas, en todos los capítulos del saber.

Eso fue ayer, pero hoy las técnicas han tocado el punto mas alto, casi inimaginable, mientras nuestro país y América toda, yace en la menguada etapa del subdesarrollo. Hemos pasado por dictaduras, presidencias y colegiados. Florecieron, en sonoros discursos electorales las mas altas promesas de renova-

ción social. Pero asomaron las crisis. Duras y sin piedad, se sucedieron en un implacable desfile hasta llevarnos a este pozo de desesperanzas en que estamos sumidos. El arquitecto es el constructor en la armonía, y es quien levanta los muros ilusionados que amparan el vivir humano. Pero cuando llegan las crisis, es el primero en paralizar sus manos. Y junto a sus manos, las recias y fuertes manos de los obreros.

En un viejo escrito hemos citado un elocuente apólogo de Henry George el autor del olvidado libro ha más de 80 años "Progreso y Miseria", la más viva denuncia contra la injusta propiedad de la tierra. Supone Henry George - y en aquellos días era mucho suponer - que habitantes de Marte llegan a la tierra y visitan Nueva York. Se asoman y admiran los rascacielos, aquellos temidos antes del Rockefeller Center. Preguntan ansiosos quienes los construyeron, que seres extraordi-

narios los levantaron. Y le respon-
den: "los obreros de la construcción".
Y en su azoro deducen, con clara lógi-
ca, que los obreros deben ser los hombres
mas felices y privilegiados de Nueva
York.

Esta cruel paradoja se viene sufrien-
do bajo un regimen injusto en el
reparto del bienestar humano. Ni en
la construcción, ni en la fábrica, ni en
el campo, ni en los transportes, ni en
las minas, ni en los mares quienes su-
fren las jornadas mas duras y continuas,
son los beneficiarios de lo que crean. Son
los últimos. Y aún los que con su alta
inteligencia en el dominio de las técni-
cas conciben y proyectan, no son los mejor
tratados. Ellos, con su avidez, están
agazapados en la sorda especulación de
accionistas y directorios.

Este analisis lo hacemos para mos-
trar como los profesionales universita-
rios somos, y debemos ser, los herma-
nos de los obreros en esa gran cofra-

día del trabajo. Y a ellos estamos atados. Y por ellos nuestras arquitecturas [illegible] se levantan, escapando de la planificación silenciosa de los talleres

En esta hora urgente se habla y se reclama el diálogo. El diálogo por doquiera y con aquellos que sostienen disparidades, doctrinas, escuelas o partidos. El diálogo, sí, pero antes la hermandad. La hermandad para que el pensamiento pueda nacer libre y espontáneo, y urgente el eco y la respuesta serena. Y evite la agresión o el argumento artero.

¿Qué pide, qué reclama esta hermandad que debemos sostener? Pide, y con toda urgencia, una unidad de miras, un estrechamiento, un tender la mano fraterna para estructurar un mundo nuevo de trabajo, de orden, de cordialidad y de justicia. Pide entrar en un plan que dándole su adios al pasado nos organismos nuevos, vivos y armónicos para orientar una nueva vida.

En esos años lejanos planeamos un

le congreso de planificacion de post guerra. Despues lo pedimos para toda America desde el ambito de la Agrupacion Universitaria en su congreso del año 1957 Hoy el clamor es mas imperioso y urgente en la planificacion total de la vida del pais. Pero tenemos enfrente nuestra una vision limpia, valiente, clara, sin entrillos, ni prejuicios, ni dogmas, que tiene sus puertas abiertas de par en par. Y que se llama "Congreso del pueblo." Nacio bajo nuestra simpatia. Pero por sentirnos aislados, sin grupo, sin abrazo humano, no concurrimos. Pero supimos de su exito. Y un reproche intimo mordio nuestra conciencia. Y de ahi nacio esta carta abierta para buscar el calor humano para la lucha que se nos enfrenta, y de la cual no podemos desertar.

Vamos a estar de inmediato frente a un problema vital: el de la tierra. Esa tierra, materia prima de la arquitectura, sustento de sus estructuras, cuando no son "castillos en el aire". Materia pri-

ma social, como el aire y como el agua, para el vivir, y que esta bajo las inicuas leyes de la especulacion. I vamos a estar, tambien, frente al crédito, para que el trabajo se pueda contratar con el leal auxilio del capital Para que se realicen cambios fundamentales en las estructuras bancarias, y se disponga el Banco Hipotecario, verdadero sostenedor de la arquitectura nacional, y no un Banco paralitico, exhausto, ahogado entre papeles, sin acudir al auxilio del creador de riqueza. En las páginas de "Marcha" se lee, imperterrito, un aviso que aparece todos los Viernes y que dice: "Titulo hipotecario movil Van 90! semanas que el Poder Legislativo lo estudia". Las semanas se suceden a las semanas, sin que esta experiencia, que salvó la economia de las Cajas de la Construccion en Chile, sea estudiada en nuestro Parlamento.
Para esto vamos a un trabajo hermanado, en el naciente "Congreso del Pueblo", que puede - y va a adqui-

sin contornos imprevistos, sobran los juramentos. Solo es menester concurrir sin prejuicios, sin ataduras, sin compromisos, limpio y sereno el pensamiento, sin temor al voto acusador ni al vituperio de las fuerzas reaccionarias, para un leal y eficiente aporte en la lid que da de un nuevo Norte. Ir como obreros, y de mano con los obreros. Sin grados, títulos ni distinciones. Para aportar conocimientos y experiencias. Para abrir caminos a la luz. Para serenar la lucha y volverla fructífera. Y para llevar a la conciencia nuestra, turbada en esta hora oscura, el reparador consuelo del deber cumplido.

C. A. Herrera Mac Lean